

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN MARCOS 6, 41-51

1. Contexto. Cuando el evangelio de Juan fue escrito, los cristianos ya habían sido expulsados de la sinagoga. Había un duro enfrentamiento entre los sectores mayoritarios judíos y los cristianos provenientes del paganismo y del judaísmo. Paganos y judíos ridiculizaban las expresiones de fe cristiana, como la eucaristía. Para los paganos, romanos y griegos, la comunidad cristiana era vista como un grupo de pretenciosos que querían anunciar como buena noticia la muerte de un carpintero anónimo y pobre. Para ellos, las buenas noticias venían sólo del emperador y las autoridades que alegraban a sus súbditos con alguna regalía. Para los judíos, Jesús era sólo un profeta insignificante, hijo de un artesano y originario de un poblado miserable. Para ninguno de los dos grupos Jesús podía ser “el pan bajado del cielo”. Las comunidades cristianas debieron desde el comienzo pararse muy bien para defender con energía y convicción el significado de Jesús para la historia de la humanidad. La salvación no sólo provenía de los judíos, sino que venía de la gente pobre de Galilea que había descubierto en Jesús a su redentor. Jesús es pan bajado del cielo porque es capaz de comunicar esa vida en plenitud que viene sólo de Dios. Jesús es el camino hacia una humanidad fraterna, donde todos(as) se reconocen iguales e hijos(as) de la misma familia.

2. Una de las fórmulas del Evangelio de Juan de más profundidad: “yo soy el pan de vida”. El texto de hoy nos introduce en un segundo momento del discurso del Pan de Vida. Juan está discutiendo con los “judíos” que no aceptan el cristianismo, y pone de manifiesto quién fue Jesús: un hombre de Galilea, de Nazaret, hijo de José. Ante ello, los judíos murmuraban diciendo: “*¿No es el hijo de José?... ¿Cómo dice que ha bajado del cielo?*” (v. 42) Es la misma oposición que Jesús encuentra cuando fue a Nazaret y sus paisanos no lo aceptaron (Mc 6,1ss). La murmuración de los oyentes le da ocasión a Jesús para profundizar más en el significado del pan de vida. Y así, el discurso se hace discurso eucarístico. Hay que comer a Jesús presente en la eucaristía, y esa es la forma de ir a Jesús, de vivir con Él y de Él, y que nos resucite en el último día. El uso de la palabra «carne» representa toda la vida y la historia de Jesús, una historia de amor entregada por nosotros(as). Por eso Jesús es el pan de vida. El pan de vida, hace vivir.

3. “Yo soy el pan vivo bajado del cielo: El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Quien coma de este pan vivirá para siempre” (v. 51). La invitación a comer no se refiere al acto físico de llevarse un alimento a la boca para tragarlo y digerirlo, sino a mirar de otra forma, con los ojos de Dios, la existencia, a los seres humanos, a las relaciones sociales, al reparto de los propios alimentos. Comer a Jesús supone aceptar su mensaje y dar respuesta con nuestro comportamiento al mandato del amor fraterno. Necesitamos otro alimento, no sólo el material, para entender a Jesús, su mensaje y la posibilidad que nos ofrece de transformarnos en Él. Mucho hemos de reflexionar y ahondar para descubrir la conversión y transformación que produce “este pan bajado del cielo”. El pan de la Palabra y de la Eucaristía, “pan vivo bajado del cielo”, está destinado a cambiarnos desde dentro, a cada uno de nosotros, a convertirnos en hijos(as) de Dios y hacernos semejantes a su Hijo Jesús. Ese pan nos brinda la ocasión de acercarnos a su identidad más profunda y dejarnos transformar por su mensaje de salvación.

4. Dejarse guiar por Dios. El evangelista Juan va ofreciendo su visión de la fe cristiana elaborando discursos y conversaciones entre Jesús y la gente, a orillas del lago de Galilea. En un determinado momento, Jesús hace una afirmación de gran importancia: “Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre” (v. 44). Y más adelante continúa: “el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí”. Y a veces nos pasa que Dios va quedando ahí como algo poco importante en nuestra vida y lo

vamos arrinconando en algún lugar olvidado de nuestra vida, y empezamos a organizar nuestra vida de espaldas a Dios. Incluso los que nos decimos creyentes estamos perdiendo capacidad para escuchar a Dios. No es que Dios no hable en el fondo de las conciencias, sino que estamos llenos de ruido y creemos que no le necesitamos. Quien escucha la voz interior de Jesús, será atraído hacia Él.